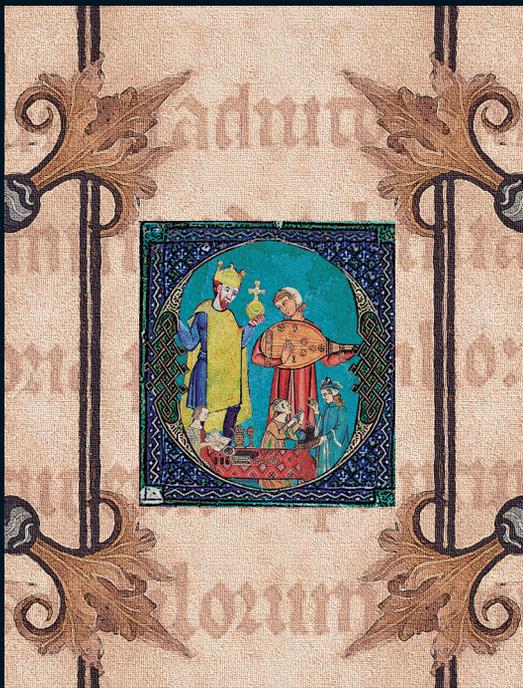




La Edad Media

III. Castillos, mercaderes y poetas

UMBERTO ECO
(coordinador)



UMBERTO Eco (Italia, 1932-2016) fue un escritor y filósofo reconocido por sus trabajos en los campos de la semiótica y la historia. En 1954 obtuvo su doctorado en filosofía y letras en la Universidad de Turín y de inmediato comenzó a trabajar para la televisión italiana. Más de treinta universidades europeas y americanas le otorgaron el doctorado *honoris causa*, además fue distinguido con diversos premios, como el Strega, el Médicis y el Príncipe de Asturias. Entre sus obras más destacadas se encuentran *Obra abierta* (1962), *Tratado de semiótica general* (1975), *El nombre de la rosa* (1980), *El péndulo de Foucault* (1989) e *Historia de la belleza* (2004).

SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

LA EDAD MEDIA

III

Traducción
JOSÉ ANDRÉS ANCONA QUIROZ

La Edad Media

III

CASTILLOS, MERCADERES Y POETAS

Coordinación

UMBERTO ECO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en italiano, 2011
Primera edición en español, 2018
Primera edición electrónica (PDF), 2018

Eco, Umberto (coord.)

La Edad Media, III. Castillos, mercaderes y poetas / coord. de Umberto Eco ; trad. de José Andrés Ancona Quiroz. — México : FCE, 2018

993 p. : ilus. ; 23 × 17 cm — (Colec. Historia)

Título original: *Il Medioevo. Castelli, Mercanti, Poeti*

ISBN 978-607-16-5835-7 (obra completa)

ISBN 978-607-16-5837-1 (tomo III)

1. Historia — Edad Media I. Ancona Quiroz, José Andrés, tr. II. Ser. III. t.

LC D117

Dewey 940.1 E522e V. 3

© 2011, Encyclomedia Publishers s.r.l.
Título original: *Il Medioevo. Castelli, Mercanti, Poeti*

D. R. © 2018, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-5837-1 (impreso)
ISBN 978-607-16-5835-7 (obra completa)
ISBN 978-607-16-6095-4 (pdf)
ISBN 978-607-16-5835-7 (obra completa en pdf)

Hecho en México - *Made in Mexico*

SUMARIO

HISTORIA

<i>Introducción</i> , Laura Barletta.	13
Los sucesos	25
<i>Giulio Sodano, Franco Cardini, Catia di Girolamo, Mariateresa Fumagalli Beonio Brocchieri, Barbara Frale, Errico Cuozzo, Anna Maria Voci, Marcella Raiola, Andrea Zorzi, Renata Pilati, Giovanni Vitolo, Francesco Paolo Tocco</i>	
Los países	87
<i>Errico Cuozzo, Fausto Cozzetto, Renata Pilati, Giulio Sodano, Rossana Sicilia, Francesco Paolo Tocco, Catia di Girolamo, Fabrizio Mastromartino, Marie Francine Favereau, Tommaso Braccini</i>	
La economía	177
<i>Catia di Girolamo, Diego Davide, Maria Elisa Soldani, Aurelio Musi, Ivana Ait, Sung Gyun Cho, Valdo d'Arienzo</i>	
La sociedad	218
<i>Catia di Girolamo, Elena Sánchez de Madariaga, Dario Ippolito, Fabrizio Mastromartino, Ciro di Fiore, Giulio Sodano, Giuliana Boccadamo, Giancarlo Lacerenza, Carolina Belli, Genoveffa Palumbo, Anna Benvenuti, Francesco Storti, Adriana Valerio, Alessandra Rizzi, Silvana Musella</i>	

FILOSOFÍA

<i>Introducción</i> , Umberto Eco	307
La circulación del saber y las universidades	311
<i>Mariateresa Fumagalli Beonio Brocchieri, Cecilia Martini Bonadeo, Claudia Menziani y Riccardo Fedriga, Francesca Forte, Andrea Colli, Federica Caldera</i>	

Filosofías y teologías	367
<i>Alessandra Beccarisi, Alessandro Ghisalberti, Marco Rossini, Federica Caldera, Anna Lovisolo, Paola Muller, Claudia Menziani, Michela Pereira</i>	

Saberes y tradiciones en confrontación	436
<i>Agnese Gualdrini, Riccardo Fedriga e Ilaria Prospero, Silvana Vecchio, Riccardo Fedriga, Chiara Selogna, Luigi Spinelli, Claudio Fiocchi, Federica Caldera, Stefano Simonetta</i>	

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

<i>Introducción</i> , Pietro Corsi	509
--	-----

Las ciencias matemáticas	515
<i>Giorgio Strano, Antonio Clericuzio</i>	

La física	537
<i>Antonio Clericuzio</i>	

La alquimia y la metalurgia en Europa	548
<i>Andrea Bernardoni</i>	

Saberes del cuerpo, de la salud y de la curación	564
<i>Maria Conforti</i>	

Innovaciones, descubrimientos, invenciones	583
<i>Giovanni di Pasquale</i>	

Fuera de Europa	609
<i>Isaia Iannaccone</i>	

LITERATURA Y TEATRO

<i>Introducción</i> , Ezio Raimondi y Giuseppe Ledda	617
--	-----

El Medioevo hacia el humanismo.	623
<i>Matteo Ferretti, Nicolò Maldina</i>	

Literatura religiosa en latín y en lengua vulgar	632
<i>Silvia Serventi, Giuseppe Ledda, Stefano Cremonini, Oriana Visani</i>	

El primado de la poesía	654
<i>Paolo Rinoldi, Giuseppina Brunetti, Giuseppe Ledda, Camilla Giunti, Loredana Chines</i>	
El gusto de narrar	707
<i>Giuseppina Brunetti, Daniele Ruini, Matteo Ferretti, Elisabetta Menetti</i>	
Las formas de la prosa	742
<i>Anna Pegoretti, Camilla Giunti</i>	
Teatro	752
<i>Luciano Bottoni</i>	

ARTES VISUALES

<i>Introducción, Anna Ottani Cavina</i>	763
La Europa de las catedrales	769
<i>Tomas Fiorini, Francesca Tancini, Fabrizio Lollini</i>	
La escultura en Italia	794
<i>Fabio Massaccesi, Laura Fenelli, Massimo Medica</i>	
“Pintar griego en latín”	820
<i>Anna Ottani Cavina, Milvia Bollati, Fabio Massaccesi, Fabrizio Lollini, Luca Liardo, Claudia Solacini</i>	
Temas y protagonistas	854
<i>Marcella Culatti, Luca Liardo, Fabio Massaccesi, Claudia Solacini, Raffaella Pini, Fabrizio Lollini, Anna Ottani Cavina, Chiara Basalti</i>	
Nostalgia del Medievo	905
<i>Fabrizio Lollini</i>	

MÚSICA

<i>Introducción, Luca Marconi y Cecilia Panti</i>	915
Música y sociedad en el Medievo tardío	917
<i>Cecilia Panti, Alessandra Fiori</i>	

La praxis musical.	928
<i>Carla Vivarelli, Germana Schiassi, Tiziana Sucato, Fabio Tricomi, Stefano Tomassini</i>	
<i>Índice analítico</i>	969
<i>Índice general</i>	987

HISTORIA

INTRODUCCIÓN

LAURA BARLETTA

El 13 de abril de 1204 Constantinopla —que ya había caído en manos de los cruzados en julio del año precedente— es expugnada de nuevo. La ciudad, que desde los tiempos de Constantino (*ca.* 285-337, emperador desde 306) había superado crisis de todo género como la derrota del emperador Valente (328-378, emperador desde 364) en Andrianópolis en 378 y había resistido los prolongados asaltos por parte de persas, árabes, ávaros y búlgaros, es conquistada y saqueada por otros cristianos. Así, ciertamente, no se hace realidad la reunificación del Imperio romano, aún acariciada por Otón III (980-1002, rey desde 983), sino que se concreta más bien la pujanza expansiva bajo el signo de la Cruz —de la sociedad europea de los dos siglos precedentes— de un modo que no es inesperado, dado los numerosos propósitos de conquista manifestados a su vez en el curso del siglo XII. Bajo el signo de la Cruz los soberanos iberos desbaratan a los árabes en 1212 en Las Navas de Tolosa, y en los años sucesivos, hasta llegar a 1270, consuman la Reconquista, con excepción de Granada. La Orden Teutónica implementa una política de expansión en el área del Mar Báltico, en donde la *Hansa* fomenta y monopoliza las actividades marítimas, mientras que las poblaciones balcánicas, las dálmatas y las de Europa centro-oriental padecen cada vez más el influjo político-religioso de la cristiandad. En el Mediterráneo, la Reconquista, además de la de España meridional, de las islas Baleares y de Sicilia, ha permitido, entre los siglos XI y XII, la consolidación de la presencia aragonesa, y la conquista de los Balcanes, en el siglo XIII, refuerza las posiciones cristianas. Las actividades comerciales de Pisa y Génova se orientan también hacia el este, compitiendo con Venecia, la cual establece su hegemonía en el Mediterráneo oriental. No es casual que la quinta, sexta y séptima Cruzadas (1217, 1248-1254, 1270) tengan como meta la conquista de Egipto para controlar por completo la cuenca oriental.

*En el signo
de la Cruz.*

El impulso expansivo se debe al notable incremento demográfico de los dos primeros siglos del nuevo milenio y al desarrollo de las actividades agrícolas, artesanales y comerciales que aceleran el renacimiento de la economía monetaria, después del largo estancamiento del Alto Medioevo causado, entre otras razones, por una falta persistente de metales preciosos. Al inicio del Doscientos se acuñan nuevas monedas de plata y oro en Venecia y Florencia, y luego en Génova, Francia, Inglaterra y Hungría, a cuyos yacimientos se añade la afluencia de oro proveniente de las minas de Sudán por efecto del comercio

con las poblaciones africanas. La circulación monetaria más sostenida, el uso de nuevos medios de pago, la frecuencia de las ferias y el mejoramiento de las vías de comunicación traen consigo la formación de un rico gremio de banqueros que financian comercios, viajes, expediciones navales, señoríos, reinos y guerras, como en el caso de los Bardi y los Peruzzi de Florencia (pero que terminarán fracasando hacia la mitad del Trecentos).

LA IGLESIA Y LA POLÍTICA EUROPEA

Un aglutinante ideológico de este empuje expansivo es el “espíritu de cruzada”, es decir, la obligación de cristianizar a pueblos que tienen creencias diversas. La Iglesia salió triunfante de las instancias reformadoras que la acosan desde el siglo x, que han combatido la corrupción de las costumbres, el concubinato de los sacerdotes y la simonía, y han permitido la afirmación del primado papal y de la *libertas ecclesiae* [libertad de la Iglesia]. Después del concordato de Worms en 1222, con el cual el papa logra sustraer sustancialmente el nombramiento de los obispos de las manos del emperador tomando como base la distinción entre investidura temporal e investidura canónica, con esto la Iglesia se va afirmando cada vez más en la vida política, en virtud de la sustracción definitiva de la elección papal a toda influencia externa y de un centralismo monárquico que, también a través de la difusión de los legados papales, se convierte en un punto de referencia europeo. Seguramente ha contribuido a esta afirmación la participación de la Iglesia en el renacimiento cultural que está en curso mediante la institución de escuelas junto a las catedrales en las ciudades, la enseñanza de la teología en las universidades —teología entendida como síntesis de todo el saber—, el intento de resolver el contraste entre conocimiento racional y experiencia mística, pero también mediante el desarrollo del derecho canónico, la dirección del sistema asistencial y la orientación del imaginario colectivo.

Escuelas y universidades

Inocencio III (1160-1216, papa desde 1198) es la síntesis de la experiencia política y religiosa que el papado hizo en los dos siglos precedentes. Más que vicario de Pedro, es ahora vicario de Cristo, y está en la lógica de la subordinación que Sicilia, Inglaterra y Portugal se conviertan formalmente en feudos eclesiásticos y que el pontífice asuma un papel central en el sistema de alianzas de la Europa cristiana: Inocencio III promueve contra Otón de Brunswick (1175/1176-1218, emperador de 1209 a 1215), Juan *sin Tierra* (1167-1216) y algunos grandes feudatarios franceses, una coalición que encabeza el rey de Francia Felipe Augusto (1165-1223, rey desde 1180), quien en Flandes, junto al puente de Bouvines, se levanta el 27 de julio de 1214 con una victoria considerada comúnmente como uno de los acontecimientos fundadores de Francia.

FRANCIA, INGLATERRA Y EL IMPERIO

Sobre la cresta de esta victoria y la alianza con el papado es como la monarquía francesa (cuya independencia del imperio, que fue una de las primeras que tuvo lugar en Europa, reconoce formalmente Inocencio III) recupera bajo el mandato de Luis VIII (1187-1226, rey desde 1223) su soberanía sobre los territorios ocupados por los ingleses en el norte del Loira, la Provenza, el Poitou, Saintonge y el Languedoc; con Luis IX (1214-1270, rey desde 1226), las posesiones de Raymundo VII de Tolosa; con la paz de París de 1259, logra que Enrique III de Inglaterra (1207-1272, rey desde 1216) renuncie definitivamente a Normandía, Maine, Anjou y Poitou, y reconozca el estatus de vasallo del ducado de Guyena (Aquitania); posteriormente extiende el reino a las comarcas de Tolosa y de Champaña en tiempos de Felipe *el Audaz* (1342-1404), hijo de Luis IX. La consolidación de la corona francesa y el papel que ésta comienza a asumir en el escenario europeo encuentran una confirmación significativa cuando el papa Urbano IV (*ca.* 1200-1264, papa desde 1261) otorga su consentimiento a la conquista del reino de Sicilia (sólo en el Trecentos denominado reino de Nápoles, después de que Sicilia pasara a los aragoneses) por parte del hermano de Luis IX, Carlos de Anjou (1226-1285, rey de Sicilia de 1266 a 1282), dispuesto a su vez a emprender posteriores Cruzadas, pero sin lograr organizar una expedición contra la Constantinopla reconquistada por los bizantinos en 1261.

*Alianza con
el papado*

Diversa es la suerte de la monarquía inglesa, que sale derrotada y humillada en Bouvines y constreñida, en el curso del Doscientos, a hacer distintas concesiones a la nobleza, a partir de la *Magna Charta Libertatum* [Carta magna de las libertades] (1215), en la cual se obliga al rey Juan *sin Tierra* a respetar las antiguas costumbres, sobre todo por lo que se refiere al derecho de los nobles a ser juzgados por sus pares y a no ser sometidos a tributos sin previa consulta al Consejo de los Nobles y de los Eclesiásticos. En las Provisiones de Oxford (1259) el rey Enrique III es obligado por Simón de Monfort (*ca.* 1150-1218), hijo del vencedor de los albigenses, a nombrar a 15 barones como consejeros y contralores de la administración, y en 1264 es forzado a constituir un Consejo de Regencia y a convocar un Parlamento del que formarán parte dos caballeros por comarca y dos representantes por ciudad.

*Magna Charta
Libertatum*

El celebrado esplendor de la corte de Federico II (1194-1250, emperador desde 1220), a quien Inocencio III quiso sentar en el trono imperial en lugar de Otón IV de Brunswick (quien mostró no ser confiable en el cuadro político que el papado tiene intención de diseñar para Europa occidental), coincide con el propósito de la dinastía de los Hohenstaufen de Suabia. Federico, un personaje controvertido y apasionante, después de haber prometido renunciar al trono de Sicilia en favor de su pequeño hijo Enrique, es coronado el 9 de

diciembre de 1212 como rey de Alemania y al año siguiente, con la Bula de Oro de Eger, se despoja de los derechos restantes que tenía en la elección de obispos y abades reconocidos ante el emperador por el concordato de Worms; razón por la cual es llamado “rey de los curas” por Otón de Brunswick. La muerte del papa y la sustancial sumisión del sucesor, Honorio III (?-1226, papa desde 1216), le permiten, aunque sin haber mantenido su promesa, ser coronado emperador el 22 de diciembre de 1220 en San Pedro. Si en Alemania la política del joven Federico se ha orientado a un restablecimiento del equilibrio entre los derechos feudales y la potestad imperial, cediendo sustancialmente a las exigencias de la nobleza, en el reino de Sicilia inaugura una política de concentración de los poderes reales, que después trata de extender a Italia septentrional, donde entra en conflicto con los municipios, derrotados por él en Cortenuovo (1238). No obstante, la hostilidad que manifiesta el papa durante buena parte de su reinado (entre otras cosas es excomulgado dos veces) hace concesiones relevantes, como la Paz de Ceprano en 1230, en la cual renuncia a toda forma de control de la elección de los obispos y reconoce una plena inmunidad judicial y fiscal para el clero meridional, precisamente mientras su corte de estudiosos y juristas le da su consentimiento para que emane las Constituciones de Melfi (1231) y luego, en 1235 en Maguncia, la Constitución de la paz imperial en el marco de un reordenamiento legislativo, que manifiesta la voluntad de conservar su autonomía de la influencia eclesiástica apoyándose en el derecho romano. En los últimos años, Federico II sufre una serie de derrotas y con su muerte, acaecida en 1250, se agota no sólo la dinastía suaba, sino sobre todo el designio imperial de la unidad entre Alemania e Italia, donde los últimos herederos, Manfredi (1231-1266) y Corradino (1252-1268), mueren trágicamente después de las derrotas de Benevento y Tagliacozzo.

*La Paz
de Ceprano*

NUEVOS FERMENTOS SOCIALES Y CULTURALES: LOS CÁTAROS

Los mismos fermentos económicos, sociales y culturales, que el papado ha sabido orientar en gran parte a la formación de su propio primado político y religioso, dieron vida a una articulación de la sociedad que es evidente sobre todo en los municipios italianos, donde afluyen los trabajadores del campo, en donde los oficios cierran filas en corporaciones cuyos representantes tienen un peso considerable en la vida política, los mercaderes y hombres de negocios ocupan un espacio creciente, la población se organiza en confraternidades y las mayores familias se enfrentan para definir su hegemonía. Aumentan las posibilidades de que las mujeres intervengan y hasta dirijan la vida familiar y pública, también debido al refinamiento global de las costumbres, que no es ajeno a la enseñanza religiosa, aunque, por

*En los municipios
italianos*

el contrario, precisamente para resistir los nuevos estilos de vida más libres, el derecho civil y el canónico sancionan en muchos aspectos la exclusión de las mujeres del poder. Y se puede permitir mayor espacio a los juegos, pasatiempos y fiestas, alguna que otra vez se levanta incluso al interior de la Iglesia en defensa de los juegos de azar, de los que se advierte que ya están en consonancia con el espíritu del tiempo. Un proceso de transformación que es visible en la misma cultura literaria y figurativa: a la literatura cortés y caballeresca de los siglos XII y XIII, a la celebración de las aventuras, guerras y amores narrados en una dimensión fabulosa y sacral con fuertes connotaciones espirituales, se añaden la novelística de Boccaccio (1313-1375), los *Canterbury Tales* de Chaucer (1340/1345-1400), el *Roman de Renard* y los *Fabliaux* que conducen de nuevo a un mundo cotidiano, civil y mercantil. Giotto (1267-1337) abandona los fondos de oro de la trascendencia para representar también, aunque sea en el ámbito de las temáticas religiosas, escenas de la vida cotidiana de aquella “burguesía rica” privada de títulos nobiliarios, que se reconoce porque se contrapone a la feudalidad. Por otra parte, se agravan las condiciones de los pobres precisamente mientras se difunde, no casualmente, un nuevo modo de considerar a los miserables, no sólo como imagen de Cristo e instrumento de salvación para los ricos, sino también como modelo al que se ha de aspirar y de oponer a una sociedad en rápida mutación, en la cual el dinero y su acumulación se convierten en la medida del éxito. Así es como se difunden las órdenes mendicantes, las peregrinaciones cuyos participantes se hacen pobres temporalmente y se institucionaliza la limosna. Sin embargo, al mismo tiempo avanza la distinción entre pobres buenos y pobres malos, entre aquellos que se encuentran en la imposibilidad de trabajar y deben ser asistidos, pero en cuanto sea posible, empleados de una manera útil en la sociedad, y aquellos dedicados al ocio y a la vagancia, que deben ser castigados y reclusos.

Estos cambios de la sociedad han permitido que haya vivacidad cultural, libertad de expresión y curiosidades e inquietudes religiosas que ya no se pueden controlar fácilmente por medio de los instrumentos ordinarios de la predicación, la liturgia, las indulgencias y las excomuniones, por lo que en el IV Concilio Ecuménico Lateranense (1215) se establecen tribunales episcopales contra las herejías, hasta llegar con Gregorio IX (ca. 1170-1241, papa desde 1227), entre 1231 y 1235, a la institución de la Inquisición pontificia. Los movimientos religiosos difundidos sobre todo en Francia meridional, en Alemania y en Italia, como el movimiento de los “valdenses” (o pobres de Lyon), excomulgados por Lucio III (?-1185, papa desde 1181) en 1184 junto con el de los Humillados, los cátaros y grupos de menor importancia, se colocan entre las filas más avanzadas de la Iglesia (como los franciscanos espirituales) y la herejía (como los “hermanitos”); algunos tendrán un papel importante en la renovación religiosa, como los Hermanos de la Vida Común (*Devotio Moderna*), otros representan una suerte de fuga hacia adelante que no

puede encontrar un amplio eco, como la Libre Inteligencia, fundada en 1350 probablemente tomando como base la comunidad de los bienes, la libre interpretación de las Sagradas Escrituras y el rechazo de los sacramentos. Sea como sea, todos contribuyen a preparar el terreno sobre el cual se afirmará la reforma protestante y a partir de entonces son, en la ideología consolidada del poder papal, no tanto portadores de vías diferentes a la fe, sino enemigos que hay que destruir, sobre todo cuando ponen en tela de juicio a las jerarquías eclesiásticas.

Se retiene que son particularmente peligrosos los cátaros, los cuales, refiriéndose a las teorías dualistas de los maniqueos, individuaban el mal en la vida material, de la que es necesario liberarse viviendo pobre y ascéticamente para entrar cuanto antes en el reino de los perfectos. Este movimiento, de características sustancialmente subversivas en ambos casos, porque está dirigido contra la naturaleza coercitiva del poder —sea civil o religioso—, se caracteriza por una organización eclesiástica alterna con respecto a la institucional y por una fuerte presencia territorial en el condado de Tolosa, sustancialmente autónoma con respecto a los reyes de Francia. En 1208, por lo tanto, Inocencio III convoca una cruzada, que duró hasta 1229, contra los cátaros (llamados también albigenses por la ciudad de Alba, donde son particularmente numerosos), en la cual el interés del rey Felipe Augusto por la supremacía sobre los principados territoriales franceses —dotados todavía de gran

*La cruzada
de Inocencio III*

autonomía— se une con el del papa y lleva al ejército cruzado, bajo el mando de Simón de Monfort, a la conquista de Provenza y a la toma de Béziers. La ideología de la cruzada, entendida como aniquilación del adversario, se pone en evidencia también en la actitud del papa Gregorio IX hacia Federico II, excomulgado, como ya se ha dicho, por no haber efectuado tempestivamente una cruzada, bien que se haya convertido, aunque por poco tiempo, en rey de Jerusalén en virtud de un tratado concluido con el rey de Egipto. Y contra los herejes también se utilizan las órdenes mendicantes que se acaban de formar (franciscanos, dominicos, carmelitas y agustinos) y que aceptan la obediencia al papa, sobre todo los dominicos, a los cuales se encomiendan los tribunales de la Inquisición papal. En los mismos años, una Iglesia orgullosa intensifica la persecución hacia los judíos, constreñidos en 1215 a llevar un distintivo de color amarillo, a participar en Roma en las fiestas en las cuales son presentados como objetos de irrisión, a padecer confiscaciones de los bienes y expulsiones.

LAS EXPANSIONES TURCA Y MONGOLA

Pero a mediados del siglo XIII el impulso expansivo de la sociedad europea comienza a reducirse también por efecto de reveses militares significativos que, aunque sin incidir sensiblemente en las actividades comerciales de la *Hansa*

en el norte y de las potencias marinas en el Mediterráneo, impiden cualquier conquista posterior en Oriente. El desplazamiento de las poblaciones del Turquestán hacia el oeste, a causa de las presiones de los mongoles, pone en marcha la ocupación de las regiones de Anatolia y Grecia, bajo dominio bizantino, por parte de la dinastía turco-musulmana de los otomanos, hasta que, hacia el final del Trescientos, con la toma de Adrianópolis, la victoria en la batalla de Kosovo de 1389 y el aniquilamiento de la Gran Serbia, el remonte de los Balcanes por parte de los musulmanes parece inevitable, sólo detenido temporalmente por la ruinosa derrota que les infligió Tamerlán. El afianzamiento de los turcos entre los siglos XIV y XV sustraerá de nuevo la cuenca del Mediterráneo al monopolio de las poblaciones cristianas, orientará su fuerza expansiva hacia el océano Atlántico y contribuirá a definir el ordenamiento territorial del continente. Entre tanto, los mongoles derrotan a la caballería germano-polaca en Liegnitz y al ejército inglés en Sojo, para luego retirarse sin causar graves daños territoriales a los reinos de Polonia y Hungría, que ya gravitaban en la órbita de la Iglesia de Roma; mientras que la Orden Teutónica, habiéndose fusionado con la Orden de Portaespadas, después de adquirir Livonia y Curlandia, sufre graves derrotas por obra de los lituanos en 1236 y sobre todo por obra del principado de Nóvgorod en 1242 y debe limitar su acción a los territorios y a las ciudades al abrigo del Mar Báltico, también porque en los mismos años el señorío tártaro de la Horda de Oro representa un obstáculo insuperable para la expansión de Europa occidental. A su vez, los bizantinos reconquistan Constantinopla en 1261 y ponen fin al Imperio latino de Oriente, logrando contrarrestar durante casi un siglo el papel de Venecia por medio de una sagaz política diplomática, un tratado con Génova, que adquiere de esta manera la supremacía comercial sobre el Mar Negro y un espacio importante en Oriente, aunque el control de Creta y de las islas griegas vuelva a Venecia, dueña y señora del Egeo y del mundo insular oriental. Bajo la presión de los mamelucos, los cruzados desalojan el principado de Antioquía en 1268, la comarca de Trípoli en 1289, las ciudades de Tiro, Beirut y Sidón, así como San Juan de Acre, en 1291. Quedan en manos cristianas sólo Chipre (hasta 1489 bajo la casa de los Lusignan), Rodas (hasta 1523 bajo el señorío de los Caballeros de San Juan) y el reino de la Armenia Menor (sólo hasta 1375).

*El ascenso
de los Balcanes*

*Los bizantinos
y Génova*

NUEVOS EQUILIBRIOS Y ACOMODAMIENTOS POLÍTICOS

También los viajes a Oriente de misioneros y mercaderes, que habían sido numerosos en la época de Marco Polo (1254-1324) y se habían aventurado muchas veces hasta China, se hacen cada vez más raros, mientras que el impulso de explorar los océanos, después del fracaso de los hermanos Vivaldi

cuyos rastros se pierden allende el estrecho de Gibraltar, aguijoneado por las comunicaciones cada vez más difíciles con el Oriente, se intensificará sólo en la segunda mitad del Trescientos. Y cuando, a inicios del siglo XIV, Bonifacio VIII (*ca.* 1235-1303, papa desde 1294) celebra el triunfo papal con la institución del Jubileo, que permite la remisión de todas las penas a aquellos que acudan en peregrinación a Roma, la Ciudad Eterna se vuelve un lugar santo más seguro y bien colocado dentro de la cristiandad con respecto al lugar santo que hasta entonces había sido Jerusalén.

A finales del Doscientos, con el fracaso y la muerte de Luis IX en Túnez en la última cruzada y con la fallida expedición de Carlos de Anjou contra Constantinopla, las energías cristianas se vuelcan en construir nuevos equilibrios y en estabilizar los ordenamientos que se van definiendo en Europa a través de una unificación progresiva de entidades territoriales. Algunas regiones comienzan a formar parte del imperio, como Austria, Estiria, Carintia en 1278, o Bohemia y Moravia al inicio del Trescientos. Carlos IV de Luxemburgo (1316-1378, emperador desde 1355) prosigue, en el terreno de la consolidación, la expansión demográfica y cultural alemana en dirección de los confines orientales, en acto desde el siglo XIII; traslada la capital a Praga y

*La expansión
alemana*

hace de Bohemia el núcleo central del imperio, con la adquisición de Lusacia y Brandeburgo. Pero al este se forma un gran reino polaco-lituano que lentificará la germanización de las provincias orientales, mientras que en el sureste Hungría, que engloba a Croacia y parte de Bosnia, y la Serbia victoriosa sobre los búlgaros y los griegos, delimitan los confines europeos. Al igual que la monarquía francesa, las de la península ibérica y de Inglaterra fortifican su poder respecto de la feudalidad con la constitución de aparatos jurídicos y administrativos más eficientes. En Italia meridional sobrevive la dinastía de los Anjou, después de un periodo de gran esplendor con Roberto de Anjou (1278-1343, rey de Nápoles desde 1309) en la primera mitad del Trescientos, mientras que en Italia septentrional, bajo el empuje de una vida económica y social cada vez más viva, el ordenamiento institucional de los municipios se va modificando y pasa del régimen consular al régimen de los alcaldes, que en el gobierno de las ciudades debían garantizar una neutralidad política entre las facciones en lucha en virtud de su natura-

*El régimen
de los alcaldes*

leza técnica de expertos del derecho y la administración, asimismo comienzan a afirmarse los señoríos, cuyo ordenamiento es semejante al de las mayores monarquías europeas, como conclusión lógica de aquel proceso de expansión territorial ciudadano hacia el propio condado y luego hacia las ciudades vecinas que se había consolidado hacia finales del siglo XII con la formación de gobiernos oligárquicos. En el ordenamiento político italiano, sin embargo, encuentran espacio también otras realidades territoriales, a partir de Venecia que consolida su estructura oligárquica con la Serrata del Maggior Consiglio [Proveimiento del Consejo Mayor] de 1297 e inicia una política de expansión territorial hacia el territorio interior que

dura hasta la dinastía feudal ítalo-francesa de los Savoya. Se trata de un escenario fuertemente conflictivo, también por la contraposición entre güelfos —que se reconocen en la autoridad del papado— y gibelinos —que ven su origen en la autoridad imperial—, en el que a menudo participa también el reino de Nápoles en una perspectiva de hegemonía neogüelfa en la península, y donde parece decisiva la utilización de las compañías de mercenarios pres- tos a pasar al servicio de uno u otro señor.

El nuevo modo de hacer la guerra pone en ventaja a las grandes monarquías: no más batallas caballerescas, asedios y conflictos de duración limitada, sino estados endémicos de guerra constituidos por una sucesión de batallas y escaramuzas militares, a veces con el carácter de guerrillas (como en la guerra del Vespro que, estallada en abril de 1282, dura en realidad casi 90 años en las regiones más meridionales de Italia), alimentadas por los nuevos ejércitos de mercenarios. Advienen cambios también en los mares donde a los asaltos de los piratas se añaden cada vez más a menudo los de los corsarios: son del tiempo de Enrique III de Inglaterra las primeras patentes de corso conocidas, con las cuales, emisarios autorizados por un poder formalmente reconocido, pueden atacar las naves enemigas y dividir el botín con los mandantes. En otras áreas, por el contrario, saqueadores, como los *Vitalienbrüder* [hermanos de la vitualla] del Mar del Norte, a menudo a sueldo de poderosos locales, son derrotados por organizaciones sociales y políticas que, como las ciudades hanseáticas, no tienen interés en servirse de ellos.

PODER TEMPORAL Y PAPADO

Se producen cambios en lo que atañe a los lazos de los soberanos con el papado, los cuales tienden a perder su carácter religioso en favor del carácter diplomático, mientras que el condicionamiento eclesiástico se manifiesta menos vinculante con respecto a los siglos precedentes: no es casual que la coronación imperial de Luis *el Bávavo* (ca. 1281-1347, rey de Alemania desde 1314) tenga lugar en Roma en 1328, no por manos del papa, sino de Sciarra Colonna (?-1329) en cuanto representante del pueblo romano, según las tesis de Marsilio de Padua (ca. 1275-ca. 1343), para quien el poder político y el religioso, que derivan de Dios, se fundan en el consenso del pueblo, la *universitas civium* [universalidad de los ciudadanos] que delega sus prerrogativas en el príncipe, como en la Iglesia es la *universitas fidelium* [universalidad de los fieles], cuya expresión es el concilio, que delega al papa. Y, sobre el principio de la “naturalidad” del Estado de Aristóteles, en la unión electoral de Rhens (1338) los príncipes alemanes declaran que el emperador no tiene necesidad de ninguna legitimación papal, mientras que en 1356, con la Bula de Oro, el nuevo emperador Carlos IV de Luxemburgo-Bohemia sancionará solemnemente que la dignidad imperial se atribuya a

*La unión
electoral
de Rhens*

quien es elegido rey de Alemania y coronado en Aquisgrán, y que tal derecho corresponde a siete grandes electores: los arzobispos de Colonia, Maguncia y Tréveris y cuatro laicos (el rey de Bohemia, el duque de Sajonia, los margraves del Palatinado y de Brandeburgo).

Los dos poderes universales, aunque interdependientes, entran a menu-
do en colisión. En el caso de la monarquía francesa, el empeño de Felipe IV
el Hermoso (1268-1314, rey desde 1285) en llevar a cabo una compleja ope-
ración de reorganización del reino mediante el aumento de los ingresos fis-
cales entra en colisión con la pretensión papal de la exoneración del clero de
toda tasación. El choque, causado por la emanación de la bula *Unam sanctam*
[Por apremio de la fe, estamos obligados a creer y mantener que hay una sola
y santa Iglesia católica y la misma apostólica] en 1302, se concreta en el in-
tento de Felipe, con el apoyo de los representantes de la nobleza romana, de
someter al papa a proceso ante un tribunal francés y con tal fin, en el otoño

*Proceso
al papa*

de 1303, los franceses tratan de sacarlo del palacio de Anagni, sin éxito.
Después del breve pontificado de Benedicto XI (1240-1304, papa desde
1303), que excomulga tanto a Guillermo de Nogaret (*ca.* 1260-1313) como
a Sciarra Colonna, observando que eran los protagonistas de la “bofetada de
Anagni”, el nuevo papa Clemente V (1260-1314, papa desde 1305), que otrora
era arzobispo de Burdeos, prefiere establecerse en Aviñón, adonde la corte
pontificia entera se transfiere algunos años más tarde. En el periodo del
“cautiverio de Aviñón” (1309-1377), aunque los papas continúen reforzando
su aparato burocrático y diplomático, es indudable que su política está condi-
cionada fuertemente por la fortalecida monarquía francesa, como es evidente
en el caso de la condena por herejía y de la supresión de la Orden del Temple,
de cuyas riquezas Felipe *el Hermoso* necesita apropiarse para hacer frente a
las necesidades financieras del reino. Un condicionamiento que se tradujo en
una verdadera y propia crisis inmediatamente después del retorno de Gre-
gorio XI (1329-1378, papa desde 1370) a Roma, cuando el Colegio Cardenalicio,
compuesto sobre todo por franceses, quizás bajo la presión del pueblo
romano, elige como papa al italiano Urbano VI (*ca.* 1320-1389) en 1378 para
luego, cinco años después, anular su elección y elegir en su lugar al francés
Clemente VII (1342-1394, antipapa desde 1378), dando existencia a un cisma
—un papa en Roma y otro en Aviñón— que contemplará precisamente la
presencia simultánea de tres papas, y se arreglará en 1449 sólo después de vi-
cisitudes alternativas. Por lo demás, la investidura imperial de Luis *el Bávaro*
por parte de la nobleza romana y el éxito en 1347 de la república romana de
Cola di Rienzo (*ca.* 1313-1354) —aunque fuera de breve duración— confir-
man el debilitamiento del poder papal en la misma Roma, en donde sólo más
tarde el cardenal Albornoza logra reprimar la autoridad pontificia, median-
do entre las familias de los Colonna y la de los Orsini y promulgando las
Constitutiones Aegidianae destinadas a reordenar el Estado pontificio, meta
que se logró hasta 1816.

CARESTÍAS, GUERRAS, REVUELTAS Y PESTES

Desde los inicios del siglo XIV y hasta la mitad del XV comienza para las poblaciones europeas un periodo dramático de carestías, guerras y pestes que traen consigo un estancamiento y en muchas regiones un atraso del proceso de desarrollo que estaba en curso desde el siglo X. Al notable aumento de la población, más que duplicada en algunas áreas e incluso triplicada en otras en el curso de tres siglos, no ha seguido un incremento correspondiente de los recursos alimenticios, por lo que basta, como parece que sucedió, un cambio climático adverso para favorecer carestías y epidemias de peste, que fue reintroducida en Europa a mediados del siglo XV, después de casi 1000 años, por navas genovesas provenientes del Mar Negro. El flagelo que azota a Europa —la peste negra— reduce la población en casi 30%, con profundas repercusiones en los aparatos económicos, productivos, sociales y políticos.

Entre tanto, ya ha estallado entre Francia e Inglaterra la guerra de los Cien Años, cuyo arco de tiempo se fija convencionalmente entre 1337 y 1453, pero que sustancialmente es expresión de una conflictividad de duración todavía mucho más larga. Si para los dos países concluye con un fortalecimiento de las respectivas identidades y, por lo tanto, de las monarquías que las representan, para las poblaciones es un flagelo posterior que se suma al flagelo que constituye la epidemia, la que se puede reconducir no a la voluntad divina, sino a la de los seres humanos. Por esto, en Francia, después de las derrotas de Crécy (1346) y de Poitiers (1356), explota en 1358 una violenta revuelta campesina llamada con desprecio *Jacquerie*, pero cuyo principal exponente, Étienne Marcel (ca. 1316-1358), tiene el proyecto de reducir el poder y los privilegios de la nobleza; y en Inglaterra, dos decenios después, en 1381, se despliega una revuelta que de los campesinos se extiende a los artesanos, también a causa de la pesadísima recaudación fiscal causada por la guerra. Pero no sólo la guerra está en la base de las revueltas, que expresan, entre otras cosas, el fuerte descontento determinado por el desequilibrio entre el aumento de la población y el crecimiento insuficiente de los recursos y de las actividades productivas: en Alemania se verifican dos revueltas campesinas en la segunda mitad del Trescientos mientras que otras revueltas campesinas ya se han verificado y se verificarán después en 1462 en Cataluña contra la baja nobleza y el patriciado ciudadano; el movimiento de los Turchini en los años sesenta y ochenta se extiende del Languedoc al Piamonte y muy difundido, aunque de género diverso, está el bandolerismo campesino en Italia meridional. Tensiones y rebeliones se manifiestan también específicamente en el sector manufacturero: a las revueltas de los tejedores de Flandes en la primera mitad del siglo les siguen las revueltas de los asalariados en Perusa en 1371, en Siena en el mismo año y en Florencia en el verano de 1378, se desencadena el tumulto de los *Ciompi*

La guerra de los Cien Años y las revueltas campesinas

—asalariados de la artesanía de la lana—, caracterizado por un proyecto político mejor articulado, pero que lleva a la supresión en 1382 de las corporaciones de los tintoreros y de los farseteros, a la eliminación del gobierno de algunas artes menores y a la formación de un gobierno oligárquico que duró una cincuentena de años hasta el advenimiento del señorío de Cosme I de Médici (1389-1464) en 1434. En la base de estas revueltas se encuentra seguramente una fuerte contracción de la producción de la lana, con sus consiguientes recaídas en la ocupación y los salarios, mientras que en otros sectores como el de la seda, el de la metalurgia y el de las canteras hay un aumento sustancial de la producción, como lo confirma el hecho que, no obstante la grave coyuntura, la Europa del Trecentos no ha perdido del todo el empuje de los primeros siglos.

Los sucesos

LA EXPANSIÓN ALEMANA HACIA ORIENTE

GIULIO SODANO

En el siglo XI los soberanos de la casa sálica despliegan campañas militares hacia el este, inspirados por la lucha religiosa, y sustraen tierras a los eslavos. Los territorios conquistados son habitados luego por la población alemana. En el siglo XII subintra la iniciativa de los señores territoriales, que amplían sus dominios en detrimento de los territorios eslavos. En los siglos XIII y XIV sigue una oleada de asentamientos de campesinos y burgueses que transforman el este europeo, importando y adaptando ahí formas de vida, técnicas e instituciones alemanas.

LA INICIATIVA DE LOS SOBERANOS

Antes del año 1000 no hay en Europa nororiental rastros de poblaciones germánicas. Pero después de cinco siglos los alemanes están por todas partes, de Bergen a Moscú, de Lübeck a Finlandia. Su propagación ha sido interpretada como si fuera dictada por una voluntad única. Pero, en realidad, los alemanes no siguen ningún designio común y, aún más, a menudo persiguen objetivos incompatibles entre sí. Se asocian con las poblaciones locales y tienden a dañarse económicamente entre sí. Quienes sacan realmente provecho de su difusión son los mercaderes occidentales: las ciudades hanseáticas son las principales protagonistas del comercio y periódicamente están en guerra contra todos. Después de la de los eslavos, la inmigración germánica es la más importante por el influjo que ejerce en todo el Este europeo. Provoca una gran transformación en Europa oriental, comparable a la difusión del cristianismo, gracias a la introducción de ideas e instituciones que a menudo se adaptan a las nuevas condiciones.

A partir del siglo X las poblaciones germánicas comienzan a estar particularmente activas con respecto a los eslavos, pasando de actitudes defensivas a actitudes ofensivas. La iniciativa en su primera fase es de los emperadores. En el siglo XI los soberanos de la casa sálica llevan a cabo una serie de campañas militares hacia el este, a menudo inspirados por la lucha religiosa. Enrique II (973-1024, emperador desde 1014) sustrae a los eslavos la región del Alto Meno y funda el obispado de Bamberg. Enrique III (1017-1056, emperador desde 1046) lucha contra los húngaros. Los territorios conquistados son

habitados después por la población alemana. Hasta el siglo XII, sin embargo, esta expansión no va más allá del río Elba. Pero con Lotario de Sajonia (1073-1137, emperador desde 1133), y luego con los soberanos suabos, comienza la colonización germánica en gran escala. Los soberanos alemanes alternan las expediciones contra los eslavos paganos con las Cruzadas en Tierra Santa. El proceso, sin embargo, no es lineal ni siempre victorioso. A los periodos de despliegue los suceden fases de repliegue. Los eslavos, por ejemplo, se aprovechan de la crisis provocada por las luchas entre güelfos y gibelinos que paralizan a Alemania para reconquistar territorios. La Sajonia, muchas veces pasada de los alemanes a los eslavos y de los eslavos a los alemanes, al final se vuelve exclusivamente germánica.

LA INICIATIVA DE LOS SEÑORES

A la iniciativa de los soberanos alemanes subintra la de los señores territoriales, que aspiran a ampliar sus dominios en detrimento de los territorios eslavos. Caballeros, barones y príncipes, igualados por el ejercicio de la autoridad y de la práctica de la guerra, son los protagonistas de esta segunda fase. Muchos señores alemanes siguen de mal grado a Federico Barbarroja (ca. 1125-1190) a Italia, precisamente porque los tienta más la conquista del este. Los caballeros sajones, a mediados del siglo XII, comienzan a sustraer tierra a los eslavos de Holstein oriental y a expandirse hacia el noreste, apoderándose de feudos en las zonas eslavas germanizadas. Llevan a las zonas del nuevo asentamiento la ley feudal y la caballería. Particularmente activos son los duques sajones y personajes como Enrique *el León*, Wichmann, el arzobispo de Magdeburgo y los obispos de Meissen. Gracias a sus iniciativas, los colonos alemanes llegan hasta Mecklemburgo, Brandeburgo y Pomerania. El obispo Alberto, canónigo de Bremen, reúne un grupo de caballeros preparados para ir a Tierra Santa y hace con ellos la Orden de los Portaespadas para combatir a los paganos. Hermann von Salza (ca. 1209-1239), Gran Maestre de la Orden Teutónica, comprende que Palestina ya está perdida y elige como campo de acción la conquista del Este europeo. Se pone a disposición del papa y recibe como feudo a Prusia. Los Caballeros Teutónicos fundan Thorn y Kulm en 1232, y en 1233 Marienwerder y Elbing. En 1250 la mayor parte de los señores de Pomerania son de origen sajón, pero su expansión a Prusia es bloqueada por la Orden Teutónica. A inicios del siglo XIV, el área del golfo de Finlandia a Kiel está ocupada por esta aristocracia alemana formada por Junker. La costa báltica ya está sembrada de núcleos alemanes. Se traen, por lo tanto, colonos de todas las partes de Alemania y así surgen no sólo aldeas, sino también ciudades. Los mercaderes alemanes se unen con los campesinos y fundan mercados en el Báltico. El desplazamiento de colonos y misioneros germanos hacia el este a lo largo de las riberas

Federico
Barbarroja

El desplazamiento
hacia el este

del Báltico atrae efectivamente en poco tiempo amplios intereses comerciales. No faltan los intermediarios verdaderos y propiamente dichos que buscan hombres por cuenta de los señores territoriales del este.

BURGUESES Y CAMPESINOS

Durante el siglo XIII, a los señores subintran los burgueses, con los mercaderes de Lübeck a la cabeza, que controlan el paso principal entre el área nororiental y la Europa occidental, consiguiendo la supremacía sobre los mercaderes de paso por el Báltico. Los alemanes proporcionan un modelo para el desarrollo de las ciudades. Los ciudadanos, en efecto, son reacios a asentarse si falta la ley municipal, por lo que, para favorecer los asentamientos, los señores locales conceden la posibilidad de tales ordenamientos civiles. Sobre todo en las ciudades húngaras y polacas se introducen las formas de gobierno civil tomadas de las ciudades alemanas, en particular por los estatutos de Magdeburgo. Ciudades como Breslavia (1242), Buda (1244), Cracovia (1257) y otras están gobernadas, en efecto, por leyes alemanas y llenas de mercaderes alemanes.

A acelerar los procesos de inmigración alemana contribuyen, desde el siglo XIII, sobre todo las invasiones mongolas (1241-1242) que diezman a Polonia y Hungría hasta el punto de retener que es necesaria la inmigración alemana para llenar los vacíos. Esta vez es sobre todo la población campesina la que se desplaza hacia el este y son los soberanos de estos Estados quienes los atraen para volver a poner en pie a sus países.

*Las invasiones
mongolas*

Los príncipes locales conceden sus tierras en condiciones favorables. Con los campesinos alemanes llegan nuevas técnicas agrarias y nuevas formas de asentamiento. El signo distintivo de la colonización alemana es la hilera de casas a lo largo de una calle o de un campo, cada una con sus parcelas de cultivo en la parte trasera que contrasta con los villorios eslavos circulares. Los propietarios de la tierra aseguran dentro de la aldea, a cambio de la renta, la libertad individual, la seguridad de la localidad y de la herencia de los bienes y un impuesto sostenido.

Los efectos de la emigración alemana tanto ciudadana como campesina son relevantes. Las ciudades destruidas por los mongoles se reconstruyen gracias a la aportación alemana. Los progresos económicos de estas áreas están estrechamente ligados a la inmigración alemana. Los colonos traen consigo nuevos oficios y nuevas técnicas productivas y comerciales. Particularmente indicativa de esta hazaña es la cuestión ligada a las minas. Los alemanes, en efecto, son buenos mineros, y desde el siglo X están en busca de yacimientos de plata y cobre. Después del año 1200 se dirigen a Silesia, Bohemia y Moravia; luego a Hungría. A mediados del siglo están en Serbia, y luego, en la siguiente generación, en Bosnia y Bulgaria y, finalmente, en Tesalónica. Durante siglos son llamados “sajones” y transmiten no sólo la técnica, sino

también la terminología, las formas de organización del trabajo e incluso el mismo derecho minero, originariamente oral y consuetudinario. Se adueñan de la extracción de los minerales nobles y dejan en la sombra la tradición minera eslava, relegada sólo a la producción del hierro.

UN JUICIO HISTÓRICO CONTRASTADO

La emigración alemana ha dado lugar a la formulación de juicios históricos diversos. La historiografía alemana ha insistido en poner en evidencia la aportación civilizadora de los colonos alemanes en un mundo eslavo atrasado y rudo. El nacionalismo alemán del siglo xx ha convertido este argumento en la justificación de las propias pretensiones expansionistas. Tal historiografía ha ignorado que los alemanes han sufrido a su vez la inmigración de elementos provenientes de Occidente y que la misma inmigración no es un fenómeno homogéneo, sino que contempla la participación de elementos como los italianos y los valones. Desde la posguerra, pues, se han afianzado posiciones historiográficas que han abandonado las posiciones nacionalistas más exasperadas. La historiografía polaca o checa ha insistido en los aspectos agresivos de esta colonización, sobre todo en la valoración del papel desempeñado por la Orden Teutónica.

Véase también

Historia “Federico II de Hohenstaufen y el ocaso de la dinastía suaba en Italia”, p. 36; “La monarquía electiva y la dinastía de los Habsburgo”, p. 61; “El Sacro Imperio romano germánico”, p. 104; “Reinos, principados, ducados, obispados, ciudades del área germánica”, p. 108.

LAS CRUZADAS Y EL IMPERIO LATINO DE ORIENTE

FRANCO CARDINI

La “cuarta Cruzada” entra de lleno en los proyectos teocráticos de Inocencio III como empresa deseada por la Santa Sede después del fracaso de la cruzada precedente dirigida por los soberanos. Pero se resuelve inesperadamente en algo muy diverso respecto de la voluntad del pontífice: Venecia, que había aportado las naves para la empresa, pretende obtener ayuda de los cruzados para someter de nuevo a la rebelde ciudad dálmata de Zara, de ahí que asalte repetidas veces a Constantinopla. De esto se deriva el final del Imperio griego y la instalación efímera de un

Imperio latino, mientras gran parte de las tierras ex bizantinas se someten a la hegemonía de los venecianos. El experimento termina en 1261 con el regreso al trono de Constantinopla de una dinastía griega.

LOTARIO DE LOS CONTI DE SEGNI, PAPA INOCENCIO III

En 1198 sube al solio pontificio un gran aristócrata, finísimo jurista y autor de obras ascéticas. Lotario de los Conti de Segni, que asume el nombre de Inocencio III (1160-1216). Son tiempos difíciles: el trono del Sacro Imperio romano germánico vacante, Europa atravesada por las guerras, la cristiandad amenazada por la herejía cátara. La obra de Inocencio III es una gran síntesis de todo cuanto la Iglesia había madurado en el siglo precedente: en su proyecto, la recuperación de Jerusalén y el fortalecimiento de la monarquía franca, cuya capital había sido desplazada a Acre, ocupan un papel de primera magnitud.

También al papa, como a Bernardo de Claraval (1090-1153), le interesa Jerusalén, más como figura del “reino de los cielos” que como objetivo de la reconquista armada; y, como ya lo había hecho Bernardo, atribuye el fracaso de las Cruzadas dirigidas por los príncipes a sus intereses mundanos y a su codicia. Desarrollando con lúcida coherencia estas premisas, deduce que al papa, y sólo a él, corresponde la iniciativa de emprender una nueva cruzada y el mando de ella, y que la cruzada era sólo parte de un programa más amplio de regeneración de la cristiandad bajo la guía de la Iglesia. A la ofensiva en Tierra Santa, en la que el papa piensa inmediatamente después de su ascenso al trono pontificio, corresponde la ofensiva castellana contra los almohades y la ofensiva en Livonia por obra de los Caballeros Portaespadas, la que al inicio del siglo continúa la expansión alemana hacia oriente. Son los tres “frentes externos” de la cristiandad, en la que Inocencio se propone al mismo tiempo poner orden, eliminando la herejía y constriñendo a los monarcas a doblar la cabeza ante la sede de Pedro. Tutor del pequeño rey Federico de Sicilia, después de la muerte de la reina madre Constanza, y árbitro de la corona real alemana para la cual prefiere a Otón de Brunswick (1175/1176-1218, emperador de 1209 a 1215) en lugar de Felipe de Suabia (1177-1208, rey desde 1198), el pontífice ve que delante de sí se inclinan —a título de verdadero y propio vasallaje o de reconocimiento de la supremacía política además de la religiosa— prácticamente todas las cabezas reales de Europa, desde Portugal a Aragón, Francia, Noruega, Hungría y Polonia.

LA PLANEACIÓN DE LA CRUZADA

Las disposiciones de Roma para las Cruzadas adolecen, desde 1198, de una concepción extremadamente centralizadora. No se deja nada a la iniciativa